

La Cella es una aldea situada en los límites de los departamentos del Eure y del Orne en el valle de la Rille. La iglesia, pequeña, mal construida, sin estilo, se eleva en medio de un puñado de casas separadas por fértiles campos y verdes cercados. No se la citaría sino es porque posee un hermoso retablo compuesto de diferentes bajos-relieves de alabastro habilmente unidos, pero que primitivamente debían formar parte de una serie de composiciones de las cuales hay algunas que no existen ya. Estos bajos-relieves como todos los alabastros del siglo XVI, son muy notables por ciertas calidades de ejecución, que contrastan a veces con la mas chocante torpeza. En aquel hermoso tiempo del Renacimiento, los talleres de los monasterios, sin haber permanecido extraños a los progresos del arte, tenían aun costumbre de seguir escrupulosamente ciertas tradiciones del primitivo estilo cristiano. La castidad de las figuras, la sencillez de los pliegues, la placida expresión de las fisonomías, la poca verdad de las actitudes y los ademanes cuando su movimiento no tiene relacion con los usos de la vida monástica, la ignorancia de algunas partes y por fin la monotonía de los accesorios, autorizan a atribuir esa obra de arte á los monjes, discípulos de aquellos que en los siglos XII y XIII, ejecutaban las urnas y los relicarios de plata esmaltada. Entre esos trece bajos-relieves, el primero es el que mas llama la atención por su tamaño y mérito: representa en medio del cielo, á la Virgen, al Padre eterno, al Cristo, al Espíritu Santo y á los ángeles. El Padre se halla en medio; está con una mitra y hace el ademán de la bendición. El Hijo y el Espíritu Santo tocan á la corona de la Virgen. Los ángeles que sostienen á la Virgen se hallan vestidos con túnicas ajustadas al cuello y sobre el pecho, como la de los novicios en los conventos. Los ropajes de las tres personas de la Trinidad se hallan replegados como se acostumbraba en el antiguo arte alemán. Lo mismo sucede con la mayor parte de los demás bajos-relieves. En general las manos un poco secas y tiesas, no carecen sin embargo, de gracia ni de distinción. Aun se ven en esos ropajes y en los fondos algunas señales de pintura que dominan el azul, el rojo y el oro. Los demás asuntos de los bajos-relieves son los siguientes: — Nacimiento de la Virgen.—Presentación de la Virgen en el Templo.—La Anunciación. La postura de la Virgen es de una sencillez sorprendente; el ángel que la presenta la azucena va vestido de paje. — Jesus en el pesebre; el Padre eterno está mirando lo mismo que en la Anunciación. — Adoración de los reyes; la figura de la Virgen es de una bonita ejecución. — La Circuncisión. — San Jorge enfermo, visitado por la Virgen. — San Jorge armado caballero por la Virgen; un ángel le pone las espuelas, otro tiene su espada, y otro el escudo. — San Jorge combatiendo con el dragón; la Virgen y Jesucristo se hallan en el fondo; una mujer con una aureola se halla en adoración al lado del Cordero. En este último bajo-relieve, la mala ejecución del caballo y la inesperienza completa que demuestra la armadura y la silla, pueden servir de pruebas en apoyo de la conjetura que el artista estaba mas familiarizado con el claustro que con los torneos y los altos hechos de los caballeros. — San Jorge bautizando. — San Jorge, delante del juez á cuyos pies jesticula un bufón, en tanto que un enano acurrucado sobre una columna se halla tocando el violín. — San Jorge decapitado; el juez presencia el suplicio, y lleva un perrillo en la cabeza que parece manifestar la idolatría. — El cuerpo de San Jorge decapitado permanece de rodillas; encima hay dos ángeles que se llevan al cielo su alma desnuda y alada.

Las pequeñas estatuas que adornan los nichos de cada lado de las composiciones son de una ejecución muy superior á la de los bajos-relieves.

LA JUSTICIA EN ARZEL.

POR ALEJANDRO DUMAS.

Existe en el Ferdj'Oual un Scheick llamado Bu-Akas-ben-Achu uno de los mas antiguos nombres del pais, el cual se encuentra en la historia de la dinastías árabes y berberiscas de Inb-Khaldur.

Bu-Akas, el hombre de la maza, que tambien se llama Bu-Djenoue, el hombre del cuchillo, es un tipo admirable del árabe del E. Sus antepasados conquistaron el Ferdj'Oual, bello pais, y él ha heredado esta conquista agradable consolidándola y reinando en ella.

El Scheick El-Islam-Mohammeda-ben-Fagoume que habia recibido la investidura del poder del mariscal Valeé, persuadió á Bu-Akas á reconocer el dominio de la Francia por lo cual le prestó sumisión enviando un caballo de Gada aunque rehusando constantemente el ir á Constantina y escusándose con un juramento á cuantas instancias se le han dirigido. La verdadera causa de esto es que teme ser hecho prisionero. Bu-Akas paga todos los años un tributo de 80,000 francos al hacerse la recolección, y ni uno solo se ha pasado sin que en el mismo día y á la misma hora y hasta por una misma puerta hayan entrado en Constantina los camellos conduciendo dicha suma sin faltar un solo maravedí.

Tiene 49 años, su traje es como el de los Kabilas, es decir, que se compone de un jaque de lana cerrado por un cinturón de cuero con cordón fino sobre la cabeza. Lleva un par de pistolas, á la izquierda la flecha Kabila, y al cuello un cuchillo negro. Detante de él marcha siempre un negro que lleva un fusil; y á su lado un soberbio lebré.

Cuando una tribu vecina de las doce que él manda le hace un ultraje cualquiera, no se digna ir en persona á vengarlo, sino que se contenta con enviar su negro, el cual muestra el fusil de Bu-Akas y el ultraje está vengado.

Hay 200 ó 300 Tolbas á sus espensas que leen el Koran al pueblo; todo individuo que va en peregrinación á la Meka y pasa por su palacio, recibe 3 francos y durante el tiempo que quiere se queda á su costa en el Ferdj'Oual; pero si llega á su noticia que se encuentra allí algun falso peregrino, envía emisarios que lebusquen y que donde le encuentren le den 50 palos en las plantas de los pies. Se juntan á veces á comer mas de 300 personas, alrededor de las cuales se pasea uno con baston en la mano dirigiendo á los encargados de la servidumbre, y que nunca como sino el último y de lo que sobra.

El personaje que nos ocupa nada desde Miah hasta Rohou y desde la punta Sur de la Babon hasta dos leguas de Fijellir. Cuando el gobernador de Constantina, único hombre cuyo poder reconoce, le envía un viajero, según su categoría, ó la eficacia de su recomendación, le da su fusil, su perro, ó su cuchillo; si le da el fusil, el viajero se lo echa á la espalda; si el perro, lo conduce con una cuerda; y si el cuchillo, se lo coloca pendiente de su cuello. Cada uno de estos talismanes determina el grado de honor que va de recibir el que lo lleva, el cual puede con cualquiera de ellos recorrer sin peligro alguno las doce tribus, en las cuales será alojado y alimentado gratis porque se le considera como huésped de Bu-Akas. Dicho viajero al abandonar este pais

cumple con entregar el fusil, el perro ó el cuchillo al primer árabe que encuentre: este abandonará inmediatamente su casa, su labor, su familia, el sitio en fin donde se encuentre y lo que esté haciendo para entregar el cuchillo, el perro ó el fusil á Bu-Akas en persona. En cuanto al cuchillo negro, es demasiado conocido, tan conocido que ha dado su nombre á Bu-Akas, á quien como dijimos al principio apellidaban Bu-Djenoue el hombre del cuchillo. De él mismo se sirve Bu-Akas, para cortar cabezas cuando alguna vez en obsequio de la buena y pronta justicia se digna hacerlo por sí propio.

Cuando él entró á mandar el pais habia un gran número de ladrones á los cuales estirpó por este medio: se disfrazaba de simple mercader dejando caer al suelo una moneda de oro que no perdía de vista. Una moneda caída no es probable que permanezca mucho tiempo en tierra, y si el que la encontraba la metía en su bolsillo, Bu-Akas hacia una señal á un servidor apostado como él, el cual se apoderaba del culpable y sin esperar resolución de otro tribunal, en el acto mismo le cortaba la cabeza.

Sin duda por esto dicen los árabes que un niño de doce años puede atravesar las 42 tribus con una corona de oro en la cabeza sin que una sola mano se alargue para quitársela. Bu-Akas respeta mucho á las mugeres, por cuya razon ha establecido la costumbre de que cuando estas vayan á llenar sus botas á la fuente se aparten los hombres del camino para no pasar junto á ellas. Un día que quiso saber la opinion que tenían de él las mugeres, se hizo encontrado con una bellissima árabe que caminaba por los confines del O. y se aproximó á ella dirigiéndola algunas ligeras palabras. Esta muger le miró atónita y le dijo:

— ¡Apartate, hermoso caballero, porque sin duda ignoras el peligro que corres.

— Pero como á pesar de esto continuase Bu-Akas fatigándola con sus caricias, añadió aquella:

— Imprudente, vienes de tan lejos que ignoras que te encuentras en el pais del hombre del cuchillo donde las mugeres son respetadas.

Bu-Akas es muy religioso y hace con estraña regularidad sus ofrendas y oraciones, tiene cuatro mugeres como permite el Koran, y reparte por igual sus noches con ellas. Sus ideas en cuanto al robo y el adulterio son las mismas de Pedro Leroux; considera de la misma condicion ambos delitos.

Un día un habitante de Ferdj'Oual sorprendió á su muger con un amante, y envió á la presencia de Bu-Akas los dos culpables. Bu-Akas principió por degollar al hombre, y como el marido despues implorase por la muger, viéndola tan hermosa é interesante como el llanto, le dijo aqui entregándole su cuchillo:

— Deguella tú mismo á tu muger, y yo te daré otra, ó de lo contrario, como todo crimen pide una victima, te colocará en su puesto y serás decapitado.

Es fama que despues de esta advertencia el marido burlado no titubeó mucho en cortar la cabeza de su criminal esposa, lo cual complació á Bu-Akas, que hizo con la cabeza un signo de aprobacion.

Otro día, Bu-Akas padre de la maza y del cuchillo, á quien según lo que hemos contado podríamos tambien llamar de la justicia, oyó decir que el Cadi de una de sus doce tribus pronunciaba fallos dignos del rey Salomon; y como otro Arun-al-Itaschid quiso juzgar por sí mismo de la exactitud de estos rumores: montó pues en un caballo que en nada revelaba el dueño á que pertenecía, y púsose en mar-

cha inmediatamente como un simple caballero, sin ninguna de las armas ni atributos que en lo ordinario le distinguian. Por fortuna suya el día mismo en que llegó á la venturosa ciudad en que el Cadi administraba justicia, era día de feria y por consecuencia de tribunal; y como Maboma proteje en todo á sus adoradores, se encontró ademas Bu-Akas con un cojitrancó que le pidió limosna colgándose como lo hizo el pobre de la capa de san Martin.

Bu-Akas le dió la limosna como correspondia á un buen Musulman; mas viendo que á pesar de esto no le soltaba el mendigo, le preguntó:

— ¿Qué quieres? me has pedido limosna y te la he dado.

— Si, replicó aquel, pero la ley no se limita á eso; no dice solamente darás limosna á tu hermano, sino que añades: harás por tu hermano lo que harías por tí propio.

— ¿Y bien, que puedo yo hacer por tí?

— Puedes impedir que yo pobre repti sea estrujado por los pies de los hombres y de los camellos, lo cual no dejará de sucederme si me aventuro á entrar en la ciudad.

— ¿Y cómo puedo yo impedirlo?

Colocándose sobre la grupa de tu caballo, y conduciéndome á la plaza del Mercado, á donde tengo que ir.

— Corriente, — dijo Bu-Akas.

Y levantando al perniquebrado le ayudó á subir á la grupa, operacion que no dejó de costar algun trabajo, pero que al cabo se hizo. Los dos atravesaron de este modo la ciudad hasta llegar á la plaza, no sin que en el tránsito escitasen la curiosidad de la multitud.

— ¿Es aqui donde querias venir? preguntó Bu-Akas al faltar de piernas.

— Si, respondió este.

— Entonces, apéate.

— Apéate tú tambien.

— No tengo dificultad si es para ayudarme.

— No, es para que me dejes tu caballo.

— ¿Y ¡porqué te he de dejar mi caballo?

— Por la sencilla razon de que es mio.

— ¿ Hombre! eso lo veremos.

— Escucha y reflexiona.

— Escucha y reflexionará.

— Estamos en la ciudad de Cadi justo.

— Lo sé.

— Tú vas á demandarme y á conducirme á su presencia.

— Probablemente.

— Y crees tú que en mirándonos á los dos, á tí con buenas piernas destinadas por Dios al trabajo y la fatiga del camino, y á mí con las piernas rotas, no ha de decir que el caballo pertenece á quien mas lo necesita?

— Si dice eso dejara de ser el Cadi justo respondió Bu-Akas, porque se habrá engañado en su juicio.

— Se le llama el Cadi justiciero y no el inflexible, replicó el perniquebrado.

— Por vida mia, dijo Bu-Akas en sus adentros, que se me ha presentado la ocasion mas propia de juzgar por mí mismo al juez: vamos delante del Cadi.

Y atravesaron por la muchedumbre, llevando por la brida su caballo sobre la grupa del cual iba el cojo agarrado como un mono. Bu-Akas se dirigió al tribunal, donde el juez, según la costumbre del Oriente, administraba públicamente justicia.

Dos negocios se litigaban á la sazón que debían naturalmente despacharse antes que el suyo, por lo cual se colocó entre los circunstantes preparándose á oír. El primero tenia

lugar entre un hombre de letras y un campesino, con ocasión de haber éste robado á la muger de aquel, el cual la reclamaba. Y era lo peor que ella no reconocía por dueño á ninguno, ó mejor dicho, que reconocía á los dos, circunstancia que hacia el asunto sobremanera embarazoso.

El juez escuchó las razones en que cada uno de los litigantes fundaba su demanda, y después de reflexionar un poco, les dijo:

— Dejadme aquí la muger, y volved mañana.

El sábio y el labrador hicieron una cortesía y se retiraron inmediatamente, tocándole su vez al otro negocio que tenía lugar entre un vendedor de aceite y un carnicero. Aquel estaba todo cubierto del líquido en que traficaba, y éste tenía la ropa manchada de sangre.

Hé aquí las palabras con que el carnicero entabló su querrela:

— He ido á comprar aceite á casa de este hombre, y para pagarle el que había echado en la botella, he sacado la mano del bolsillo llena de dinero, en cuyo instante llevado de la avaricia, me ha cogido fuertemente el puño. He empezado á gritar *ladrones*, pero él ha insistido en no soltarme la mano, así como yo en cerrarla. En esta disposición hemos llegado hasta tí para que decidas; por mi parte juro por Mahoma que este hombre es un malvado, y que miente cuando dice que le he quitado su dinero, porque este dinero es mío.

En cuanto al acetero hé aquí lo que respondió:

— Este hombre fué á mi casa con una botella á comprar aceite, y cuando la tenía llena me preguntó si tenía vuelta de una moneda de oro. Registré entonces mi bolsillo, y saqué el dinero que tenía colocándolo sobre el mostrador; pero en seguida le echó mano y procuró escapar con el dinero y el aceite; pero yo empecé á gritar *ladrones*, y como á pesar de mis gritos no quiso soltar la presa, le he traído aquí para que te sirvas juzgarlo. Y juro por Mahoma, etc.

El juez luego que reflexionó, dijo:

— Déjenme ustedes el dinero y vuelvan mañana.

El carnicero dejó su dinero en un pico del manto del juez, y ambos saludaron retirándose.

Tocaba á Bu-Akas y al perni quebrado.

— Señor Cadi, dijo el primero, yo venía de un pueblo apartado con objeto de comprar algunas cosas en este mercado, y á la puerta de la ciudad he tropezado con este infeliz, el cual después de pedirme limosna, y de habérsela dado, me suplicó que le subiera á la grupa de mi caballo, para no ser pisoteado por el estado de sus piernas de los hombres y de los camellos. Hicelo como me rogaba; pero al llegar á la plaza, no ha querido apearse, diciéndome que el caballo era suyo, y como yo le amenazaba con la justicia, me ha respondido en son de mofa: Bah! el Cadi es demasiado sensato para no comprender que el caballo no puede ser sino de quien mas lo necesita, es decir, de quien no tiene piernas. Hé aquí, señor Cadi, el asunto, y lo juro por Mahoma.

Hé aquí, señor Cadi, contestó el cojo, yo venía á mis asuntos sobre este caballo que me pertenece, cuando me he encontrado á este hombre tendido en el camino, y al parecer espirante. Híeme aproximado á él, preguntándole si se veía atacado de algún desmayo; á lo cual me ha respondido: « no tengo sino cansancio y fatiga, y si eres caritativo, condúceme en tu caballo á la ciudad, donde tengo que ir. » Hicelo así, y al llegar á la plaza le dije que se bajara, bendiciendo á Mahoma de que me hubiera presentado esta ocasión de ser compasivo; pero cual fué mi extrañeza al oírle decir que me bajase yo también, puesto que el caballo le pertene-

cia. En caso tan inaudito, le he hecho venir aquí para que tú decidas.

El Cadi hizo repetir á cada uno su relación, y luego les dijo:

— Déjenme ustedes el caballo, y vuelvan mañana.

El caballo fué entregado al Cadi, y ambos le saludaron retirándose.

Al día siguiente acudieron al tribunal, además de los interesados, infinitos curiosos que deseaban ver el desenlace de tan intrincados y oscuros litigios. El Cadi siguió el mismo orden que la víspera: llamó primero al sábio, al cual dijo:

— Toma tu muger, porque es tuya.

Y volviéndose luego á sus servidores añadió:

— Den ustedes cincuenta palos en las plantas de los pies á ese campesino.

El marido *afortunado* se llevó á su muger, y el campesino pudo admirar la presteza y exactitud con que ejecutan las órdenes los siervos de Mahoma.

Pasóse al segundo pleito, y se acercaron las partes.

— Toma tu dinero, dijo el Cadi al vendedor de carnes, lo habías sacado de tu bolsillo y te corresponde.

Y en seguida repitió el orden de los cincuenta palos con aplicación al comerciante en aceite.

Llegó el tercer asunto; Bu-Akas y el perni quebrado se aproximaron al juez, que dijo:

— ¡Ah! sois vosotros.

— Sí señor, respondieron ambos.

— ¿Reconocerás tu caballo en medio de otros veinte? preguntó á Bu-Akas.

— Sin duda alguna, respondió éste.

— ¿Y tú?

— En seguida, contestó el cojo.

— Ven, pues, conmigo, dijo á Bu-Akas.

Y le llevó el Cadi á donde estaban los caballos, entre los cuales reconoció en seguida al suyo.

— Está bien, exclamó, espérame en el tribunal, y envíame por aquí á tu adversario.

Bu-Akas lo hizo como se lo mandaban, y el perni-rotó llegó á la cuadra tan pronto como sus piernas se lo permitían, en donde sus ojos, que eran buenos, distinguieron inmediatamente el caballo, al cual señaló con el dedo.

— Está bien, dijo el juez, te espero en el tribunal.

El Cadi regresó á su puesto, y los cinco minutos que tardó el cojo en volver, aumentaron doblemente la curiosidad é impaciencia del público.

— El caballo es tuyo y puedes ir á la cuadra para llevártelo, dijo el juez á Bu-Akas.

Después de lo cual se dirigió á su gente, ordenando que dieran al cojo cincuenta palos en las costillas; invención admirable y digna de un juez recto, por cuanto el delincuente no tenía piés.

Bu-Akas fué por su caballo, y el otro sufrió la felpa, mas al entrar el juez en su casa se encontró á la puerta con aquel que le estaba esperando.

— ¡Qué es eso! ¡no estás contento! le preguntó el Cadi.

— Al contrario, respondió el Scheik; pero quisiera saber por auxilio de qué inspiración administras tu justicia, pues no dudo que los otros dos fallos serán tan equitativos como el mío. Has de saber que no soy comerciante, soy Bu-Akas Scheik de Ferdj' Oual, que habiendo oído hablar de tí, he querido conocerte.

El Cadi quiso besarle la mano, pero Bu-Akas le contrató.

— Vamos, tengo ansia por saber como has averiguado tú

que la muger lo era del sábio, el dinero del carnicero, y el caballo mío.

— Muy sencillamente, señor. Tú has visto que he guardado una noche entera la muger, el dinero y el caballo.

— Sí, lo he visto.

— Pues bien, á media noche he hecho despertar á la muger, y trayéndola á mi presencia, la he dicho que limpiase mi tintero y le echase nueva tinta. Entónces ella ha verificado esta operacion como á quien le era familiar, de lo que he deducido que no era la muger del aldeano.

— Me satisface la resolución de este negocio; pero ¿y el del dinero?

— Eso ya es distinto. ¿No reparastes que manchado de aceite estaba el que ha sufrido el castigo, y sobre todo ¿qué llenas de grasa tenía las manos?

— Sí.

— Pues bien, he cojido el dinero y lo he echado en un vaso de agua, y como esta mañana cuando lo he examinado,

KAREL DUJARDIN.



BOGHEUT. 2

C. JARDIN

Las Mulas.

Nada es mas desagradecido que escribir la historia de esos pintores de primer orden que produjo la Holanda en el siglo XVII y que no difieren entre sí sino por ciertos matices de gracia, de sentimiento y de finura. La inteligencia y los ojos pueden hacerse cargo de esas diferencias, pero á menudo la lengua es impotente para expresarlas. Cuánta similitud hay entre todos esos pintores igualmente famosos, los Berghem, los Pablo Potter, los Vandevelde, los Alberto Kuyp

y los Karel Dujardin! Tomádoles únicamente por pintores de animales, todos han dibujado bien y con verdad, y sin embargo aun en esto existen entre ellos notables diferencias puesto que al instante sabe distinguirlos todo ojo ejercitado.

Hay mucha divergencia sobre la fecha del nacimiento de Karel Dujardin, pero la opinión que parece mas probable es la de Adan Barstch que la ha fijado en el año 1635, añadiendo que fué discípulo de Berghem, aunque hay autores que aseguran que el verdadero maestro de este artista fué Pablo Potter.

Sea como quiera, lo cierto es que Karel siendo muy jóven aun se marchó a Italia. Como un verdadero holandés, lo que observaba en la ciudad de Roma y en sus cercanías eran las escenas mas vulgares consideradas siempre bajo un aspecto pintoresco. Los charlatanes de las ferias eran uno de sus asuntos predilectos; admiraba su genio, comprendía sus pantomimas y adivinaba sus discursos con solo ver sus ademanes.

Su fuerte sin embargo fué la pintura de animales. Su estampa de las *dos Mulas* publicada en 1652, hecha para ilustrar una fábula de Lafontaine, impresa por aquel tiempo, obtuvo entre los conocedores un feliz éxito.

Qué espresion tan maliciosa hay en ella! Qué orgullosa va la primera mula con sus altos penachos! Pero en cambio la naturaleza a ambas las ha hecho semejantes; por mas arreos que lleve, sus rodillas son tan nudosas como las de su compañera. Cuantos mas adornos tenga por arriba tanto mas rústica es por abajo. Y no hay tambien algo de ironía en la acentuación de las menores cosas, tales como en la pezuña levantada y los pelos que la coronan, en la salida de los huesos de la rodilla, y en las vanidosas placas de cobre que protejen los ojos de esta mula?

(Se continuará en los próximos números.)

EPISTOLA GRATULATORIA

DEL

MARQUES DE VILLENA AL CONDE DE SANT LUIS (1).

Recibid con buen talante,
nuevo é perincito conde
de Sant Luis,
letra de ánima habitante
otro mundo que ese donde
vos vivís.

E catad que non vos tome,
porque vos vos fable un finado,
susto é pena:
non de facer miedos home
fue nunca el marqués enitudo
de Villena.

Sepades que no embargante
que aqui los muertos vivamos
bien felices,
á esa tierra malandante
por vegadas asomamos
las narices.

Cierta noche, discurriendo
por las calles de una villa
principal,
casa vi de mucho atenido,
que antes de ornalla y puñilla
fue corral.

1 Tomamos esta composicion de la obra titulada POETAS ESPAÑOLES Y AMERICANOS del siglo XIX coleccionados por D. ANDRÉS AVELLANO DE ORTIZOLA.

Rumores oi de dentro
jubilosos é por puntos
aflictivos:
cuéluema, cato et encuentro
una tropa de difuntos,
vueltos vivos.

Alli Pelayo 1 furente
con su hermana contendia
por el moro,
é tapándose la frente,
la triste solo decia
«yo le adoro.»

Alli con sus cuias vino
aquel pagano Jetté 2
rey de Creta,
é Megara 3 el numantino
para el prisionero de
Joan de Urbietta. 4

Alli salieron Guzman 5,
Camila 6, Rui Calderon 7,
é Macias 8,
Edipo 9, Bruto 10, Abrahan 11,
et el que libró á Sion
de Golias 12.

É los que en Márto cayeron 13,
enjiemplo duro de estrella
muy cruel,
et esos de quien digeron
que futé en morir tonta ella,
tonto él.*

Malvina 14, Joan Pascual 15,
é Manrique 16, el malhadado
trovador,
é aquel Zenon 17, al igual
de fortuna gasajado
é de amor.

Leiva 18, Quevedo, 19 la brava
Joanita 20, el Alonso 21 amante
de Raquel,
22 Alonso el pintor, la Cava 23,
é aun el tesaurizante
don Samuel 24.

1 PELAYO, tragedia de Quintana.

2 IDOMEÑO, tragedia de Cienfuegos.

3 NUMANCIA, de Ayala.

4 FRANCISCO I. SOLACES DE UN PRISIONERO, del duque de Rivas.

5 GUZMAN EL BUENO, de don Antonio Gil y Zárate.

6 CAMILA, de Solís.

7 HERRICO CALDERON, de Xavarete.-Ayala.

8 MACIAS, de don Mariano José de Larra.

9 EDIPO, de don Francisco Martinez de la Rosa.

10 BRUTO, ROMA LIBRE, traduccion de Saviñón.

11 SARA, de don Joaquin José Cervino.

12 DAVID, en el SAUL de la avellaneda.

13 LOS CARREJALES en D. FERNANDO EL EMPLAZADO, de Breton.

14 LOS AMANTES DE TERUEL, de Hartzenbusch. (N. de la R.)

15 MALVINA en OSCAR, de Gallejo.

16 SEGUNDA PARTE, de EL ZAPATERO Y EL REY, de Zorrilla.

17 EL TROVADOR, de Garcia Gutierrez.

18 LA RUEDA DE LA FORTUNA, de Nubi.

19 ANTONIO DE LEIVA, de Ariza.

20 QUEVEDO, de Sanz.

21 TRAVESURAS DE JUANA, de Doncel y Valladares.

22 ALFONSO VIII, de Huerta.-Asquerino.

23 ALONSO CAYO, de Fernandez Guerra y Orbe.

24 CONDE D. JULIAN, de Príncipe.

25 TESORERO DEL REY, de Gutierrez y Asquerino.

Esquilache 25, el de Alba 26, Hernan
Cortés 27, é la de Molina 28
la prudente,

et Berenguela 29 et el gran
cogedor de mies divina,
Fray Vicente 30.

Esos é otros personados
vi en aquella é otras tales
trasmochadas,
alli por arte ayuntados
de peñolas poetales
bien tajadas.

E plúgeme asaz la cosa,
ca yo ansi mesmo capricho
tuve desto,
é una farsa fíz donosa
para el rey Fernando,
dicho el Honesto.

Antojóseme saber
quienes los auctores fueran
desas fablas,
dó escribiendo á su placer
miraclos ansi fezieran
en las tablas.

E siguiendo uno, que vi
con desusado alborozo
coronar,
sobióse á un zaquizamí,
é acostóse el pobre mozo
sin cenar.

Gimiendo fugí yo dende,
por non ver en tanta prez
tal desdoro,
é luego mi vista ofende
palacio dó respandez
plata é oro.

Rica mensa é pulcro lecho
dentro viánsse, é preciados
atavios,
é tales que me sospecho
que aun fueran aventajados
para míos.

E supe que dueño fués
de la morada tan mucho
reclumbrante,
non perlado nin marqués,
sinon solo cierto ducho
comediante.

— ¿Cómo, dije, al instrumento
se rinde honor é á la mente
se le amengua?
¿Non val el poetal invento
lo que el dalle ante la gente
bulfo é lengua?

¿Porqué, pues, desigualar
á dos que del claro Apolo
fijos son?

El mayorazgo ¿ha de estar

á fuacias del que es tan solo
segundon?

Mejor al ingenio Grecia
tener en estima supo,
supo Roma.
Mientras usanza tan necia
dure, acójeme é ocupó
mi redoma. »

Por vos, conde iustre, fina
el dilrctar al ingenio
feo modo:
corona éngise dina,
non ya el cultor de Cilenio
vive en lodo.

Mil quisieron ayudalle,
mil ahorralle pretendieron
dias tristes:
vos supiste solo honralle,
vos lo que tantos digeron
lo feicistes.

¿Gloria á vos, bien mereciento
de las apacibles artes,
gloria á vos!
Grato á los homes se cuenta
vueso nombre en todas partes,
grato á Dios.

El vos done la gran paga
que vuestos graçados non
pueden bien;
éi vida lengua vos faga
con la su benedición
santa, amén.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

EUSTAQUIO LESUEUR.

En nuestro primer artículo sobre Eustaquio Lesueur publicado en el volumen de este año (véase la pág. 181) se deslizó un error tipográfico al decir que el presidente Lambert había mandado pintar varias partes de su palacio á Lesueur y otras á Lebrun, su mas encarnizado rival. Por esta causa lo volvemos á repetir hoy en este artículo. — La competencia entre estos dos artistas produjo los mas deplorables resultados. Lebrun era un hombre de un humor inquieto que temia siempre el verse reemplazado en las buenas gracias de Luis XIV, en tanto que Lesueur incapaz de descender hasta la adulación, tenia demasiada modestia para llamar la atención de la corte, y demasiada dignidad para mendigar sus favores. El candor de su alma y la dulzura de su carácter le pusieron á discrecion de los odios de sus envidiosos haciéndole infortunado para toda su vida. Sencillo como La Fontaine, y sensible como Fenelon, Lesueur vivia retirado y perdonaba á sus enemigos. Sin embargo irritado al fin por la injusticia, se atrevió á hacer una alegoría de sí mismo en que se representaba triunfante. Nicolas Poussin había tenido la misma idea, porque es muy raro que el genio no se conozca á sí mismo; por abatido y desalentado que esté, todo grande hombre tiene momentos en que se levanta en su altivez, contra el siglo que le ha desconocido y mortificado.

Después de este esfuerzo cayó en una enfermedad lenta hija de sus disgustos, de su débil temperamento y de los largos y pesados trabajos que había hecho en el palacio de

25 EL MOTIN CONTRA ESQUILACHE, de Suarez Bravo.

26 DUQUE DE ALBA, de Galleto.

27 HERNAN CORTES, de Escosura.

28 DONA MARIA DE MOLINA, de Roca de Togores.

29 LA MADRE DE SAN FERNANDO, de Rosell.

30 D. FERNANDO DE ANTEQUERA, de Vega.

presidente Lambert, muriendo en el mes de mayo de 4655 a la edad de 38 años.

Lesueur fué poco comprendido de sus contemporáneos:

Felbien, y luego Roger de Piles, han hablado de él con bastante frialdad; ninguno de ellos conoció la poesía de sus obras. Sin embargo de esto, han confesado que este gran



LESUEUR.—El martirio de San Lorenzo.

pintor tenía mucha sencillez en sus composiciones, mucha verdad y nobleza en las actitudes, hermosos ropajes, y por fin un gusto delicado y una razón profunda. El *Martirio de San Lorenzo* reúne en efecto estas cualidades; pero el

mayor elogio que podemos hacer de él es apuntar aquí que en la venta del gabinete de M. La Live de July verificada en 1770 fué comprado en 7550 libras.

EUSTAQUIO LESUEUR.

(Véanse las páginas 181 y 251.)



Predicación de San Pablo en Eféso.

El gremio de los plateros de París tenía la costumbre de ofrecer cada año a la iglesia de Nuestra Señora un cuadro que se esponía el 1º de mayo en el pórtico de la catedral. Estos cuadros tomaban el nombre del mes del año en que eran ofrecidos y espuestos. Uno de los mejores *mayos* que se vieron fué el *San Pablo predicando en Eféso* de Lesueur. El pintor nos trasporta desde luego al Asia Menor, en el mismo sitio de esa ciudad célebre por su magnífico templo de Diana. El templo y la estatua de la diosa, que se distinguen á través de las columnas del peristilo, á la derecha del cuadro, sirven para localizar perfectamente la escena. En las gradas de un pórtico colocado á la izquierda, está hablando San Pablo con autoridad y con ardor, como su ade-

man lo indica, en nombre de Dios, del Dios verdadero, del Dios único, y á su voz los efesios renuncian á su culto, y queman lo que antes adoraban. Uno de ellos escribe en unas tablas las palabras del apóstol; otro las espica, y todos, conmovidos, desgarran los libros del politeísmo, y los entregan á las llamas. Un esclavo acurrucado en primer término, está soplando la llama de la hoguera que devora los manuscritos paganos. Tan digna de admiración es la magestad de la actitud de San Pablo y la espresion de las demas figuras, como la naturalidad de la actitud de ese esclavo negro venido de Etiopia que no comprende mas que el lado vulgar de aquella acción sin comprender el cambio que en breve presenciara el mundo.

En el *San Pablo predicando en Epheso* hay una combinación oculta, una secreta armonía de líneas en la cual estriba toda la grandeza de la composición. Con solo quitar el menor detalle, como verbigracia, los dos troncos de árboles desnudos que se proyectan en el azul del cielo, el cuadro parecería cortado en dos pedazos. Análzándolo, se crearía previsto todo, y sin embargo nada está calculado: solo a la intuición es debida esa composición irrefragable, composición clara, como lo son ordinariamente las de los pintores franceses, y sin embargo muy animada sin que por eso reine en ella ninguna confusión: hay viveza en los movimientos y por último su estilo es muy elevado, y está llena de cosas sencillas, de cosas copiadas únicamente de la naturaleza.

Muchos pintores no pueden elevarse al estilo sublime, sin esforzarse; en Lesueur la dignidad es fácil siempre, y además se halla temperada por una ingenuidad encantadora. Esto consiste, á nuestro juicio, en que sabe introducir en todas sus obras ciertos pormenores sacados de la vida familiar. La primera escena de la *vida de San Bruno* nos manifiesta, en medio de una porción de figuras de noble carácter, el episodio de un niño que no quiere que su perro ladre; así como el *San Pablo en Epheso* tiene en primer término la figura del esclavo negro sencillamente dibujada.

Digamos para concluir que este cuadro lleva la fecha de 1649 y el nombre de Lesueur y que ha sido tasado, dos veces distintas, en 250,000 frs.

LOS PROYECTOS.

La casa de los banqueros Varnier y de Alouzy era conocida hacía treinta años como una de las más seguras, sino de las más importantes de la plaza de París. Fundada á principios del Imperio, había ido extendiendo lentamente el círculo de sus operaciones; pero esa misma lentitud había contribuido á que inspirara confianza, ayudada al mismo tiempo por la escrupulosa probidad de sus fundadores. Solo uno de ellos M. Varnier, había sobrevivido, que asociado con Edmond de Alouzy, el hijo de su amigo, había cargado con el peso de los negocios dejando al joven una entera libertad para que se entregara á todos sus gustos. Edmond tenía una inspiración activa aunque poco constante, y una instrucción variada pero incompleta: incapaz de perseverar en una cosa, apenas pasaba una hora diaria en el despacho para ponerse al corriente de los negocios que se ventilaban.

Un día acababa de entrar en el despacho de la dirección, á fin de echar una ojeada sobre la correspondencia. Un antiguo empleado en el escritorio, el señor Trudaine abría las cartas que le iba mostrando haciéndole las indicaciones necesarias, para pasarlas enseguida á un joven sentado delante de una mesa junto á la ventana.

— De la casa Vancroff de Amsterdam, dijo el viejo empleado, presentando una cuenterita en papel azulado.

— También en holandés? preguntó Alouzy.

— Sí señor.

El joven banquero se encogió de hombros.

— Veo que tendré que aprenderlo, dijo con un aire de resolución irrevocable; la mitad de nuestro comercio está en Alemania y en Holanda, y es imposible permanecer así fiado en los traductores.

— Mucho hay que estudiar! observó el señor Trudaine, alzando sus anteojos y abriendo su caja de rapé para tomar lentamente un polvo.

— No importa, repuso Alouzy con indolencia; sabiendo arreglarse, con pocos meses basta. Se toma un libro en alemán, se le estudia atentamente, se observa la formación de las palabras, y el giro de las frases; se descomponen esas de mil modos, se busca todo lo que se puede explicar con los elementos de que constan, en una palabra, se posee completamente el libro, y lo demás se aprende por sí solo. Los conocimientos que se adquieren así son como una bola de nieve que va recogiendo cuanto toca, y se aumenta á medida que anda.

— Pero para estudiar del modo que decís, es necesario mucho tiempo.

— Mucho tiempo! repitió Edmond animándose por grados; á quién le falta tiempo? Solo á aquellos que no quieren emplearle en nada. Hábeis calculado alguna vez las horas que se malgastan por falta de regularidad en nuestras costumbres, por nuestra poca exactitud, y nuestra poca conciencia en lo que hacemos? Llevad por partida doble la cuenta de una semana, y os asustaréis de la pérdida de minutos que encontraréis en ella. El día aritmético tiene veinticuatro horas; quitad seis para el sueño, dos para la comida y otras dos para el paseo ó para hacer visitas, y aun os quedarán catorce. De este modo aun suponiendo que gaste ocho en los negocios, siempre tendréis seis para el estudio del alemán y el holandés.

— Pero no enfermaréis con un trabajo semejante?

— No, con tal que sepa gobernarme con prudencia, evitando las veladas, las comidas largas y las alternativas de reposo absoluto y de mucho trabajo. El cuerpo humano es como una máquina; marcha á las mil maravillas si no hay sacudimientos. Además yo quiero probar por mí mismo lo que vale el método, y de aquí á seis meses me atrevo á comprender todas vuestras cartas.

Al decir estas últimas palabras, el joven banquero se levantó, tomó su sombrero y su bastón de puño de oro y salió del despacho.

Trudaine fijó los ojos en la puerta, y cuando se cerró, dió un golpecito sobre su caja de tabaco, y dejó escapar una risita contenida.

— Has oído, Julian? preguntó á media voz al mozo del escritorio, que seguía ocupado en sentar en los libros de registro las cartas que se habían recibido.

— Muy bien, señor Trudaine, le respondió.

— Y lo crees?

— Me parece que las razones dadas por M. de Alouzy...

— Son muy buenas, no es cierto? Por eso te recomiendo que le escuches; siempre tiene en las mientes algún buen proyecto que se evapora como el agua: me parece uno de esos Conservatorios de artes y oficios donde se hallan en pequeño los modelos de cuanto se ha inventado; es admirable, pero no sirve para nada.

Julian se abstuvo de replicar una palabra, porque tenía una inteligencia lenta que evitaba todo debate inútil, primero por pereza y luego por sensatez; pero aun aceptando la comparación del señor Trudaine, pensó en sus adentres que si la colección de los modelos en pequeño no podía utilizarse en la práctica, podía servir de indicación y de consejo. En este concepto se puso á meditar en lo que había dicho el joven banquero sobre los medios de aprender idiomas y sobre el empleo del tiempo, y el resultado de estas reflexiones fué poner en práctica inmediatamente todo lo que Edmond había indicado. Esto lo hizo sin advertir á nadie, y persuadido de que las palabras son inútiles cuando se trata de hechos, continuó silenciosamente su tarea.

Pero no estaba la dificultad en resolverse á trabajar y en arreglar su vida en conformidad al plan de su joven amo, sino que era necesario pagar un maestro y comprar libros, y con los mil francos que ganaba Julian apenas tenía para atender á sus primeras necesidades. Sin embargo el trabajo tiene también su exaltación. Comentando prácticamente la escéptica teoría de Alouzy, introdujo mas frugalidad en sus comidas, economizó mas y mas en el vestido, y soportó en su guardilla lo mismo los frios del invierno que los calores del verano, hasta que al fin pasados seis meses de constantes estudios, pudo presentar á su joven amo la traducción de la correspondencia alemana y holandesa.

La sorpresa de Alouzy se cambió en admiración cuando supo la parte que le tocaba en aquel hermoso resultado.

— Os convenceis ahora de que al cabo de algunos meses habría podido aprender esas dos lenguas? exclamó con aire triunfante, mirando al viejo Trudaine. Julian las sabe... lo que es lo mismo puesto que las ha aprendido con mi sistema. La buena dirección es el todo. Quiero continuar los ensayos por ese estilo; quiero saber el tiempo que se necesitaría para conocer las principales lenguas comerciales de la Europa. Siguiendo todos el mismo orden de ideas, y satisfaciendo unas mismas necesidades, deben tener necesariamente infinitas relaciones entre sí, y también un dominio limitado; su estudio debe ser fácil, y puede producir buenos resultados para aquel que quiera llegar hasta su fin. Será menester que siga este proyecto, y desde mañana voy á empezar resueltamente mi obra.

Al otro día en efecto, la idea de Alouzy estaba ejecutada, pero por Julian, que había comprendido todo el partido que se podía sacar de ella. M. Varnier le había confiado ya las correspondencias extranjeras con un buen aumento de sueldo. Bien luego otras cosas le pidieron traducciones y ajustes de cuentas, y hasta su joven patron recurrió á él no solo para cosas de comercio, sino para sacar notas de muchas obras científicas de la Alemania.

Nuevas preocupaciones absorbían en efecto al joven Alouzy después de algunos meses. Habiendo tratado de aprender sucesivamente la música y la pintura, acababa de apasionarse violentamente por la química, y había puesto un laboratorio de donde no salía. Julian fué á verle allí algunas veces para llevarle las traducciones que le pedía, y luego para secundarle en sus experiencias. Edmond, según su costumbre, se quedaba á menudo en la región de las teorías, ahorrándose el fastidio de seguir el ensayo indicado. El joven empleado se encargó de este examen práctico, á cuyo beneficio adquirió bien luego los conocimientos precisos que á Alouzy le faltaban, y esa destreza de manos que es una de las principales circunstancias que se requieren para ser un buen químico.

— M. Edmond es una Providencia para tí, decía riendo en voz baja; te dice lo que quieres aprender, y te deja que lo aprendas en su lugar; sus deseos de ciencia son un programa que tú debes llenar por tí. Continúa, y ruega á Dios que se le anteje el ser un grande hombre á fin de que lo seas tú.

Hacia algun tiempo que las especulaciones científicas de Alouzy se habían vuelto principalmente hacia una cuestión sometida á todos los químicos: se trataba de hallar una sustancia económica susceptible de reemplazar la cochinilla. La industria nacional se hallaba interesada en este descubrimiento por el cual se había propuesto un premio. Edmond habló de ello quince días, y anunció veinte experiencias que debían conducirse al apetecido resultado, hasta que acabó por olvidar sus proyectos por una nueva teoría de la luz que estaba en moda entre todos los físicos del mundo.

Sin embargo, en el caos de las *susposiciones* apuntadas por el joven banquero, Julian había visto algunas probabilidad que le habían llamado la atención. Los primeros resultados no fueron muy satisfactorios; el joven empleado se lo advirtió á su amo; pero este respondió que no debía desanimarse con el primer revés, y que, perseverando, se logra al cabo y al fin lo que uno quiere.

— Los descubrimientos son como las frutas, añadió; hay que dadas tiempo para que florezcan, para que se formen y luego se maduren. Cuando uno se consagra enteramente á una sola cosa, y no se desperdicia ninguna indicación, ningún acaso, cuando concentra uno en su idea la fuerza toda de sus facultades, insensiblemente llega una hora en que se descubre de repente el secreto anhelado. La mayor parte de las cosas nos son imposibles porque no somos capaces de reunir las fuerzas de nuestra actividad en un solo objeto; se gastan en vano los esfuerzos, se siguen muchas presas al mismo tiempo; se encerra uno en una agitación que no conduce á nada; y en vez de dirigir nuestro espíritu siempre hacia el mismo punto del horizonte lo llevamos de un lado á otro. De esto proviene nuestra debilidad! Las facultades del hombre, dispersas no son nada; reunidas tienen una fuerza invencible y duradera; os probaré lo que digo, persistiendo en esas investigaciones que abandonáis, lo que me hará encontrar la sustancia que debe enriquecer á nuestra industria nacional.

Sucedió con esta resolución lo mismo que con todas las que formaba Edmond; pero Julian ejecutó escrupulosamente, lo que había oído proyectar. Ocupado únicamente en su obra estudió todo cuanto tenía relación con ella; interrogó á los hombres especiales, intentó nuevas combinaciones ó hizo y deshizo mil veces las mismas experiencias sin desanimarse, y esperando con paciencia el descubrimiento. Por fin, al cabo de muchas experiencias engañosas, alcanzó el resultado que se proponía! Un día que Alouzy, que ya se había olvidado casi enteramente de su laboratorio, hubo de entrar en él por acaso, Julian le presentó un fragmento de lana teñido con laca, descubierta por él, color que los más hábiles tintoreros habían tomado por rojo-cochinilla.

Edmond tenía muy buen corazón, y se regocijó francamente del buen éxito de las tentativas de Julian, le dió útiles consejos sobre lo que debía hacer en adelante, le sirvió de empuje para que se presentara ante la comisión encargada de dar el premio, y aceptó reconocido la dedicativa de la memoria en que al dar cuenta de sus primeros trabajos, declaraba todo lo que debía á las indicaciones del banquero.

El premio de veinte mil francos que se llevó Julian, y la proposición de formar compañía hecha por M. Varnier, le permitieron el poder entrar en los negocios por su propia cuenta. Entonces se dedicó á explotar su invención perfeccionándola. Edmond que acababa de sacar sus fondos de la casa para emprender especulaciones de tierras, continuó hablándole de sus proyectos, que siempre estaban en visperas de realizarse. El antiguo socio de M. Varnier desarrollaba sus planes á su joven protegido en el despacho de la casa que era regularmente donde se veían. El señor Trudaine seguía escuchando como en otras ocasiones tomando su polvo de rapé y sonriéndose bajo sus anteojos; pero cuando Alouzy salía del despacho, no dejaba de exhortar á Julian contra las tentaciones que hubieran podido darle aquellos discursos.

— Dejadle que fabrique en sus tierras pasados de cartas, que son los únicos que no se harán jamás, repeta fríamente el antiguo empleado; tenéis una carrera hecha, y no necesitáis saliros de ella. La vida es un juego, y cuando se

portantes no solo para el comercio, sino tambien para la ciencia. Las observaciones relativas á la Historia natural fueron sacadas de los diarios del camino, comunicadas despues al editor de las obras de Chisius, y publicadas en 1614, á continuacion de las notas póstumas del docto botánico. En este súpndice muy corto, pero lleno de hechos, se halla la primera indicacion positiva de la existencia de este género de animales en la Australia: los compañeros de Vander Hagen que pudieron observar algunos falangeros en Amboine, hablan de ellos en su diario en estos términos:

« En esta tercera expedicion vimos un animal muy raro y verdaderamente maravilloso. El *cousa*, como le llaman los indigenas, es un poco mayor que el gato, y de pelo rojo; lleva debajo del vientre una especie de bolsillo velludo, en cuyo interior están los pechos, y en donde nacen los pequeñuelos. Primeramente, se les ve agarrados por la boca á los pezones, de los cuales no se desprenden hasta haber adquirido un cierto grado de desarrollo. Entonces salen del saco por la primera vez, pero siguen entrando para mamar, y no cesan de volver á él hasta que son bastante fuertes para seguir á su madre y hacer uso de los mismos alimentos que ella. Los *cousas* se alimentan con yerbas, hojas verdes y legumbres.

« Los portugueses, y los demas cristianos del pais, comen su carne, mas no así los musulmanes, que la colocan en el número de las carnes impuras, bajo pretexto de que los *cousas* no tienen cuernos (no son ruminantes). »

Al decir nuestros navegadores que los falangeros *nacen* en la bolsa abdominal de las madres, reproducen evidentemente una opinion admitida en el pais, y de cuya exactitud no pudieron cerciorarse en el corto espacio que allí permanecieron. Acerca de todos los demas puntos en que parecen hablar segun sus propias observaciones, todas las noticias que nos dan son sumamente satisfactorias, y por incompletas que las hallemos hoy, no podemos menos de confesar que las publicaciones posteriores añadieron muy poco á lo sabido, al menos hasta que Valentyn dió á luz su grande obra sobre las Indias Orientales (1724-1726). En ese libro que habria contribuido poderosamente á los progresos de la historia natural si no hubiese sido escrito en holandés, se hallan noticias sobre los falangeros de las Molucas, muy detalladas y muy exactas en general, relativamente á la configuración exterior y á los hábitos de nuestros animales. El autor distingue dos especies, aunque sin determinarlas de un modo preciso, y describe tambien otro marsupial, el pequeño kangaroo de Azoe, indicado ya por el viajero Cornelie Lebruy.

Lebruy, que era muy buen pintor, representó perfectamente las formas generales del kangaroo; Valentyn, por el contrario, no supo hacerlo cuando trató de completar con una figura lo que podia faltar á su descripción de los falangeros. Por otra parte, algunos años despues se vió muy bien representado este animal en el tomo 4.º del *Thesaurus de Seba* (l. XXVI ff. 4.º), aunque sin embargo el dibujante no anduvo muy exacto al poner la configuración de las uñas de los pies, cometiendo la misma falta con otros semivulpejas que formaban parte tambien de la rica coleccion del boticario holandés. En cuanto al testo colocado al frente de las láminas, sobre todo en la parte de los marsupiales no puede ser peor: Seba confunde los falangeros, no solo con los semivulpejas sino con el kangaroo; mezclando é involucrando los países, y mutilando y desnaturalizando los géneros.

Cada autor sale de su pluma completamente desfigurado,

aunque ninguno tanto como el pobre Valentyn, de quien toma únicamente los pasajes mas débiles, trasformándolos de manera que parecen completamente ridiculos.

Buffon, que desgraciadamente no tuvo siempre motivo para subir hasta el origen de las cosas, tomó la miserable rapsodia de Seba por un fiel resumen de las opiniones de las opiniones de diferentes autores, y sacó mucho de él cuando examinó, con motivo de la historia de la Semivulpeja *Opposum*, las diferentes noticias suministradas por los viajeros relativamente á los marsupiales. Ya prevenido contra Valentyn por una frase muy injusta de Ariedi, no halló en Seba motivos para alterar su opinion, y habló con el mayor desden de un escritor que le habria gustado si le hubiese podido consultar directamente. Toda esa discusion, que ocupa unas doce páginas en el décimo tomo de la Historia natural, pecaba por las bases, y tendia realmente á enredar la cuestion, que aun despues de la publicacion del tomo XIII, en que se halla como hemos dicho el artículo sobre los falangeros, permaneció todavia muy confusa. Únicamente en el tomo III de los Suplementos publicado en 1776, admitió la existencia de los marsupiales asiáticos, gracias á las observaciones de Vosmaer.

Sea como quiera, Buffon abrió la puerta al estudio de la historia positiva de los falangeros. El número de especies que conocemos hoy asciende por lo ménos á catorce, y comparandolos se observa entre ellas diferencias notables que permiten su clasificación en tres grupos distintos: los *Cuscus* ó falangeros de cola pelada, los *falangeros propiamente dichos* cuya cola se halla revestida hasta la punta de pelo mas ó ménos largo, y los *falangeros volantes*, que tienen tambien la cola velluda, pero que se distinguen de los otros al instante por una prolongación de la piel de los flancos extendida desde el puño al talon.

Nuestro grabado representa un *Cuscus* ó falangero con manchas tomado de la obra de MM. Quoy y Gaimard (*Zoologie de voyage de l'Uranie*).

« La posición en que hemos representado á este animal dicen los dos autores, es la que tiene habitualmente. Este falangero en el estado adulto tiene las dimensiones de un gato grande; así son, al ménos, todos los que M. Temminck ha recibido de Amboine; el nuestro procedente de la isla de Waigiu (á poca distancia de Amboine) no habia adquirido aun ese desarrollo.

« Su pelo sumamente suave, es de un color claro sobre la cabeza y los hombros, y encienito tostado sobre el colorido y encima del cuello. En el lomo y en los flancos tiene manchas irregulares cuyo color varia desde el encienito-azul hasta el encienito-tostado mas ó ménos oscuro, sobre un fondo blanco apagado. En la parte esterna de los miembros y en la cola tiene manchas mas ó ménos claras; la garganta, el vientre, la parte de debajo de la cola y el interior de los miembros, son de un color blanquecino tirando al rojo en algunos puntos. La cola es escamosa por encima, un poco apezonada por abajo, y rojiza en toda la parte que no es velluda.

« Las orejas son muy pequeñitas, y guarnecidas de pelos por dentro y por fuera; el ojo, el extremo de la nariz y la piel de las patas son rojizas; el color de los pies que cubren los dedos, es oscuro con matices un poco tostados. »

AGRICULTURA.

MODO DE RECONOCER LA FERTILIDAD Y LA COMPOSICION DE LAS TIERRAS CON LOS MEDIOS EFICACES PARA SU ANALIZACION.

Todos los terrenos que se cultivan están compuestos de arcilla, de arena, de carbonato de cal y de mantillo ó sea humus; pero las proporciones de estas cuatro sustancias y sobre todo el grado de divisibilidad de las tres primeras, modifican las propiedades de los diversos terrenos y hacen que los unos sean fértiles, los otros medianos y los demas malos. Llegada á conocer la composicion del terreno que se quiera examinar, se compara con otro de excelente calidad, y por este medio se determina si es de buena calidad para el cultivo; no resultando así, se combinan las mezclas que deben hacerse para mejorarlo. El siguiente procedimiento indica con exactitud los medios que pueden emplearse para analizar las tierras.

ANALISIS. — En varios de los puntos de la superficie del terreno que se quiera examinar y á la profundidad de poco mas de medio pie, se toman 7 libras de tierra limpia de raíces y chinias y se mezclan todas las partes lo mas que sea posible; de esta se separa como media libra y se estiende sobre un papel haciéndola secar al sol ó en una estufa. — Cuando esté bien seca se toma la mitad y se deslie en una libra de agua clara y se menea con una espátula ó palo; se deja reposar por espacio de cuatro ó cinco minutos: si sobrenadan algunas partículas de eslercol ó de vegetales, se quitan con una espumadera, poniéndolas á parte para que se sequen y luego pesársen. Se agita de nuevo el líquido para que se revuelva el depósito y se decanta y se repite varias veces esta operacion, hasta que resulte un líquido claro. El líquido decantado se recoge en una misma vasija, y es lo que se llama mantillo ó humus; se deja reposar por espacio de una ó de dos horas: se separa el agua con cuidado y el fondo ó depósito se hace secar lentamente para luego pesarlo. Del mismo modo se repara la arcilla mas fina, la que en cada agitacion apenas se dejará reposar medio minuto.

En el residuo del cual se han separado las partes vegetales, el humus y la arcilla fina, puede todavía contener arcilla arenosa y arena siliciosa; se separa por medio del mismo procedimiento con solo no dejar reposar mas de dos ó tres segundos; tocante á la parte arcillosa se desprende de la arena á los dos ó tres lavados, precipitándose esta última en el fondo de la vasija. — Se hace secar cada cosa de por sí y luego se pesa.

Se nota el peso de cada cosa de por sí, cuya suma debe ser igual, á corta diferencia, con la empleada.

Para conocer si los varios productos separados sucesivamente por decantacion contienen carbonato de cal; se les echa á cada uno de ellos unas cuantas gotas de ácido hidrocórico. Los que lo contengan se pondrán inmediatamente en efervescencia. — Si se quiere saber á punto fijo la cantidad de carbonato que contienen, se añade ácido hasta que cese la efervescencia; se lava el producto con diez partes de agua, se deja escurrir y secar y luego se pesa: lo que peso de ménos será la cantidad de carbonato disuelto. — Podria contener otros carbonatos, pero esto sucede rara vez.

Por el anterior procedimiento se han analizado dos terrenos de muy buena calidad, y han dado por resultado las siguientes composiciones:

PRIMERA.

Arcilla arenosa.	57
Arcilla fina.	33
Arena siliciosa en pedazos de cuarzo.	7 4
Carbonato de cal en piedrecitas.	4
Carbonato de cal en polvo fino.	6
Leñoso.	5
Humus ó sustancias solubles al agua fria.	5
	100 »

SEGUNDA.

Arena siliciosa.	62
Raices y despojos vegetales.	20
Mantillo y vejetales consumidos.	16
Carbonato de cal.	8
Materias solubles al agua fria.	1 2
	100 »

LA PATRIA IDEAL.

POESIA DE VERNER.

He visitado la montaña, el sosegado valle y la mar bulliciosa: voy por todas partes con el corazon apagado y sin alegría; cada suspiro que se escapa de mis labios dice incesantemente:

— Patria, en dónde estás?

Aquí el sol me parece frio, las flores agostadas: La lengua de los hombres resuena de un modo estrano en mis oídos, me creo extranjero en todas partes.

En dónde estás, querida patria? patria buscada, anhelada, y siempre invisible, en dónde estás? Patria tan llena de esperanzas, patria en donde florecen mis rosas, en donde están mis ilusiones, en donde mis muertos están en sus sepulcros, patria en donde se habla mi lengua, en donde se halla todo lo que me falta en este mundo!

Por todas partes voy con el corazon apagado y sin alegría; cada suspiro que se escapa de mis labios dice incesantemente:

— Patria, en dónde te hallas?

Y una voz que atraviesa los aires me responde:

— Estrangero; la dicha no florece sino allí donde tú no estás.

CARTA DE EUROPA

BAJO LA FIGURA DE UN EMPERADOR.

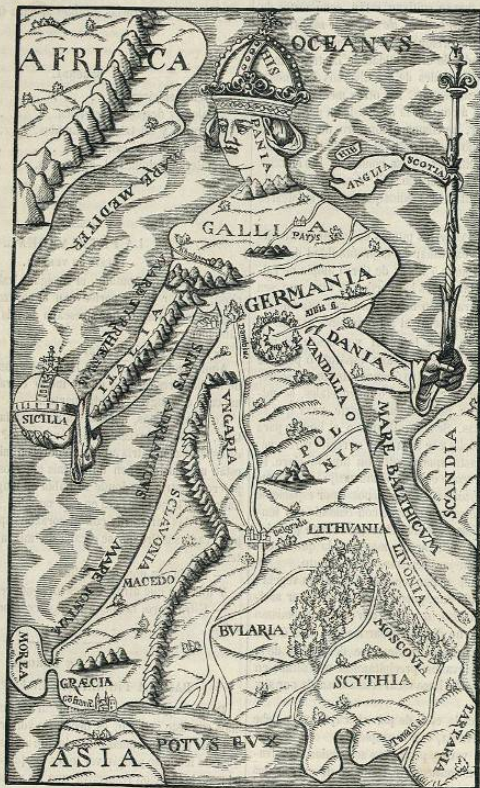
Para comprender la carta en figura de emperador que damos con este artículo, es necesario volver una carta de Europa de modo que quede el occidente arriba y el oriente abajo. De este modo se podrán ver todos los países, á poca diferencia, en la posición respectiva que los vemos aquí, y se comprenderá tambien como puede hallar el artista en el continente y las islas principales, los elementos de su extraña composicion.

Se presume que esta figura de emperador, que comprende la Europa entera, no es otra que la de Carlos Quinto. El presfido dado á la España que forma la cabeza, y lleva la corona de la Europa, acaba de confirmar esta suposicion.

Por otra parte, se podria esplicar, sino justificara completamente, el pensamiento del artista, con solo recorrer la historia del grande emperador.

La autoridad de Carlos Quinto hubo de estenderse, en efecto, durante algunos años sobre la Europa entera; en otros términos puede decirse que fué dueño de ella tomándose esta palabra en el hiperbólico sentido tan familiar á los aduladores políticos de todas las épocas. La España y la Germania le reconocian por legitimo soberano; ademas, des-

pues del tratado de Cambrai (1529) se hizo reconocer rey de Lombardia y emperador de los romanos, de cuyo modo se apoderó de Italia; luego obligó á Soliman á retirarse, lo que en estilo de corte equivalia á llamarse vencedor de la Turquía, y por último hizo prisionero á Francisco I, é invadió una parte de la Francia, de donde el dibujante geógrafo pudo



Fac simi e de una carta de Europa grabada en 1628.

sacar en consecuencia que la Francia le habia pertenecido.

El Africa figura tambien en esa carta, en memoria sin duda de la gloriosa expedicion emprendida en 1535 contra Barbarroja, y en la cual Carlos Quinto, dueño de Túnez dió la libertad á veinte mil esclavos cristianos.

La Inglaterra va unida al centro de la figura imperial en recuerdo de la alianza contraida entre Carlos Quinto y Enrique VIII.

Representaciones de esta naturaleza se han visto repetidas en diferentes épocas y de distintos modos. Las anécdotas históricas de la Rusia hablan de una estatua de nieve en proporciones colosales elevada en Moscou, que llevaba en cada pliegue de los paños el nombre de una de las provincias del inmenso imperio moscovita. Esta simbólica figura duró hasta los primeros calores de la primavera.

UNA JOVEN MORA.



Dibujo copiado de Murillo.

Los pintores célebres, ademas de sus composiciones combinadas, han dejado algunas obras que podriamos llamar casuales, en las que no han manifestado otra intencion que la de reproducir el aspecto de un lugar ó de una fisonomia en que habian fijado sus miradas. La escuela flamenco abunda en estudios de este género. A pesar de que el pin-

tor no haya mostrado, al ménos en apariencia, intencion ninguna, busca uno á pesar suyo, la explicacion de su obra; la imaginacion compone la égloga, la sátira ó el poema en que el artista no ha soñado. ¿Seguimos acaso una costumbre al tratar de adivinar algo bajo esos rasgos y bajo esas formas, sin otra pretension que la gracia pintoresca; ob-

decemos mas bien á una impresion curiosa, ó acaso, es posible reproducir con el pinceles uno de los aspectos de una época sin poner en ella alguna parte de su poesia y de su historia?

No es tal nuestra opinion: cada siglo tiene su ley moral que lo alumbraba todo. El artista elije en vano al acaso su personaje ó su rincón del horizonte, porque le es tan imposible el impedir que su obra revele el mundo que le sirvió de modelo, como hacer que el rayo que alumbraba su cuadro no marque la estación y la hora del día!

Los paisajes, y hasta los retratos, no manifiestan como podría creerse, nada mas que un lugar ó un personaje, sino el carácter general del tiempo y del país á que pertenecen. Para aquel que sabe mirar, una casa, unos árboles, un rebano, están llenos de revelaciones sobre el clima y las costumbres: un vestido, un ademan, dan mil detalles íntimos sobre una época.

Para convencerse de esto no hay mas que recorrer el Museo de Versailles: al ver esas galerías históricas de hombres y mujeres cuyas fisonomías nos han sido conservadas, como es posible confundir los tiempos y atribuir una fisonomía del siglo de Luis XI al de Luis XII, y hacer de un alto barón del tiempo de San Luis, aun cuando se haya olvidado su traje, un marqués de la corte de Luis XV?

Sin embargo, estas observaciones, fáciles cuando se trata de distinguir los caracteres generales ó de analizar un rostro histórico, se van volviendo confusas á medida que se desciende á los detalles y á la fisonomía vulgar. Lo que ha escrito el lápiz del artista permanece á menudo en el estado de esos geroglíficos para los cuales hay varias llaves que dan sentidos encontrados, el acento de la pintura no suele ser bastante preciso ni bastante claro para que pueda uno estar seguro de verle claramente, y puede muy bien suceder que creyendo traducir su lenguaje, se traduzca solo el propio pensamiento.

No sucede esto con el estudio de mujer de Murillo que se ve reproducido en nuestro grabado. A nuestro juicio la belleza no es un poco material de esa jóven, así como su ademan y su sonrisa son muy propios de la mujer mora cuyo papel no consiste en participar por mitad de la vida de su esposo, sino en servirle de distracción como una esclava. Esas rosas que parece ofrecer con sumisión risueña, son el símbolo de su juventud, de su gracia y de su alegría que entrega á su amo sin poder exigir nada en cambio; cuando mas las dejarán una de esas flores para adornar su turbante, flor que por la noche estará ajada, lo mismo que sus esperanzas.

Para hacer de esa jóven mora una cristiana, no bastaría ciertamente el quitarle ese ehal de mil colores y cambiar ese tocado! Su expresion no es la expresion casta y altanera de una Cimodoeca. Murillo encontró acaso esa jóven á la puerta de alguna de las antiguas moradas que poseyeron antes sus antepasados, sobre la cubierta de un buque de Túnez ó de Trípoli anclado en el fondo de una rada española, ó entre una partida errante de gitanos. Sin duda á la primera ojeada, el carácter singular de esa figura llamaría la atención del artista que la bosquejó sobre su lienzo sin otra mira que la de expresar una sensación recibida; pero precisamente porque en esa sensación estaba todo, podemos ver en ella tan claro; bajo la forma aparente se descubre el interior, y toda ella se ha vuelto un tipo.

En esto está el carácter de los grandes pintores; á sabiendas ó no, reproducen lo que han visto con delicadezas á las que nada escapa: son espejos que nos reflejan siempre

las imágenes con todos los colores, los movimientos y los matices de la mas cumplida realidad.

LOS PROYECTOS.

(Véase la p. 354.)

En el mismo instante dos brazos se apoyaron sobre sus hombros, y volviendo vivamente la cabeza se encontró con M. de Alouzy.

Por un movimiento casi involuntario, Julian se arrojó en sus brazos.

— Como estais aquí cuando os creía en el Brasil? exclamó Alouzy, devolviendo al jóven el abrazo.

— Acabo de llegar, respondió Julian.

— Fuerte desgracia es la mía, que os encuentro al cabo de una separacion tan larga, en el mismo momento en que me marcho, exclamó Alouzy visiblemente afectado.

— Como es eso?

— Iba á embarcarme ahora mismo como podéis verlo. Y mostró á Julian una maletita que llevaba en la mano.

— Tengo una cita en Londres para un negocio de alumbrado... una nueva invencion!

— Y vuestras minas alemanas? preguntó Julian.

— ¡Ah! no hablemos de eso! Interrumpió Alouzy; he perdido cuatrocientos mil francos... casi todo lo que poseía.

Julian soltó una exclamacion lastimosa.

— Oh! Malos se pusieron los negocios en cuanto os marchasteis, repuso Edmond; ya vereis las casas que han caído. Y á propósito acabo de recibir la noticia de la ruina inevitable de mi antiguo socio M. Varnier.

— M. Varnier arruinado! exclamó Julian con acento de asombro.

— Por demasiada prohibida, replicó Alouzy; cuando todos los demás podían plazos, él quiso pagar corriente y hacer frente á sus compromisos; pero la carga era muy pesada, y ha debido sucumbir, ó por lo ménos sucumbirá bien luego.

— Cómo lo habeis sabido?

— Por una carta del señor Trudaine escrita á nuestro antiguo corresponsal del Havre de cuya casa vengo ahora mismo. El pobre hombre declara que Varnier habia hecho frente á todo, y que estaba salvado si no le hubiesen faltado trescientos mil francos.

— Y no ha podido hallarlos?

— No ha querido pedirlos, en la duda de si podría pagarlos mas adelante. Trudaine ha escrito de motu proprio pidiendo socorro, pero no obtendrá nada; Varnier tendrá que presentarse en quiebra, y como le conozco, aseguro que no sobrevivirá á ella.

— Cómo! no habrá una sola persona que quiera arriesgar esa suma para salvar á un hombre de honor! exclamó Julian ajitado.

Alouzy se encojó de hombros.

— En el comercio, contestó, es muy raro que nadie esponga cien escudos para salvar á un hombre que suplica de rodillas, y con mucha mas razon para el que no pide y que acaso se negaría á tomarlo, porque Varnier es un don Quijote de delicadeza; si teme que no podrá devolver esos trescientos mil francos, por nada en el mundo los tomará; si yo hubiese tenido lo que tenía ántes, sin hacerle proposición ninguna, le habria enviado esa cantidad bajo un sobre al se-

ñor Trudaine, y el negocio se habria zanjado de este modo. La campana del vapor que llamaba á los viajeros no permitió á Alouzy el prolongar mas tiempo la conversacion; estrechó la mano al recién venido, le prometió que iria á verle cuando estuviere en Paris de vuelta, y corrió al buque cuyas ruedas comenzaban á ajitarse.

Pero aquello que acababa de decir no lo habia echado Julian en saco roto, y aquella misma tarde envió al antiguo empleado de la casa Varnier una carta certificada, que encerraba sin otras señas, la suma de trescientos mil francos.

Los negocios de Julian le precisaron á permanecer en el Havre una semana entera; pero al cabo tomó el camino de Paris, y su primera visita fué para su antiguo amo, á quien halló muy acabado, aunque tan sereno como ántes. Fanny le recibió con aire un poco reservado, y le felicitó de su vuelta con una cordialidad mezclada de tristeza. En cuanto al señor Trudaine, este abrió los brazos á su antiguo dependiente, y enjugo tres veces consecutivas sus anteojos oscurecidos por sus lágrimas.

— Supongo que todo va bien, dijo Julian, conmovido tambien como el anciano.

— Si, sí, respondió Trudaine á media voz, todo va bien, gracias á las buenas almas.

Julian cortó de pronto una explicacion en la cual tenia comprometido, y se puso á preguntarle por sus conocidos, informándose tambien de los cambios sobrevenidos sobre la plaza de Paris. Muchas variaciones habia habido en las fortunas; muchas antiguas casas bien conocidas de Julian habian desaparecido en esas tempestades de la Bolsa que agitan perpetuamente la riqueza pública, y tambien habian nacido otras nuevas. Entre estas últimas Trudaine nombró la de M. José Perné que se habia reunido hacia algun tiempo con Varnier para algunos negocios, y de quien ya se principiaba á hablar como socio futuro: Julian que prestaba muy poca importancia á todos estos pormenores, interrumpió el coloquio en cuanto pudo, dejando al señor Trudaine enteramente tranquilo.

Al otro día, se volvió á presentar en casa de su antiguo amo con algunas curiosidades americanas destinadas á su hija, y sus visitas se fueron renovando todos los días, haciéndose cada vez mas largas y mas íntimas. Fanny recibia al jóven con la misma amabilidad que en otros tiempos, aunque sin aquella franca alegría que reinaba entónces en sus entrevistas. Ademas, parecia evitar todas las confidencias que Julian deseaba, con una especie de temor hacia todo lo que eran explicaciones. Julian quiso salir al fin de sus incertidumbres, y solicitando una entrevista con M. Varnier, le confesó el amor que profesaba á su hija: el banquero hizo un brusco movimiento y exclamó:

— Es cierto lo que decís? Venis á pedirme la mano de Fanny?

— Me atrevo á hacerlo hoy que he visto coronados mis esfuerzos con un buen resultado.

Y dicho esto contó en pocas palabras á M. Varnier como la esperanza de ese matrimonio habia determinado su partida, infundiéndole el valor necesario.

El rostro del banquero tomó una expresion de dolor muy pronunciada.

— Alguna maldicion nos ha caído! exclamó pegándose en la frente.

— Qué queréis decir? preguntó Julian.

— Nunca me habiais dicho nada ni yo tampoco sospeché á mas mínima cosa! repuso M. Varnier.

— Y qué?

— Mi hija está prometida á M. José Parné.

El jóven lanzó un grito desesperado.

— No podia titubear, continuó el banquero; esa union, conveniente bajo todos aspectos, me aseguraba una asociacion sin la cual estaba comprometido el porvenir de mi casa... espúse á Fanny mi situacion...

— Y ¿consintió?

— Despues de reflexionarlo, pero sin violentarse.

— Y si enterecida con mi afecto, quisiese deshacer lo hecho? exclamó Julian.

— Querriais hacerla faltar á una promesa? dijo M. Varnier; ha comprometido su palabra, y está fijado el día de la boda; faltar sin motivo á una palabra dada no es leal; ademas Fanny ha aceptado libremente la proposicion de M. Parné.

— Libremente! No, esclamo Julian; porque ella sabia que ese matrimonio os era necesario, vos mismo lo habeis dicho, ha cedido á una especie de violencia moral...

— Y si solo hubiese cedido á la gratitud, qué diriais? in terrumpió vivamente Varnier; si esa alianza fuese el único medio de pagar á un hombre á quien debemos el honor...

— Como es eso?

— No me interroguéis, por que nada puedo deciros.

— Y yo puedo decirlo todo, interrumpió una voz.

Y el señor Trudaine separó de repente la mampara que ocultaba la puerta del estrado.

— Nos habeis estado escuchando, exclamó M. Varnier frunciendo las cejas.

— En el primer instante ha sido á pesar mio, replicó el antiguo empleado, porque os traía á la firma estos papeles; pero las palabras que oí entónces me determinaron á escucharlo todo.

Y volviéndose hácia Julian, añadió:

— El servicio que debe M. Varnier puede esplicarse en dos palabras: nos hallabamos en la imposibilidad de hacer frente este mes, porque nos faltaban trescientos mil francos, sin los cuales la quiebra era segura, y los hemos recibido por el correo, cuando ya habiamos perdido toda esperanza.

— Y como no he confiado mi situacion á otro que á Parné, añadió el banquero, solo él podia enviarme esa suma; ademas, ya lo ha confesado despues.

— Y ha mentido! exclamó Trudaine. Yo ignoraba vuestro error y la fanfarronada del señor Parné, que si no, hace tiempo estaria aclarado todo.

— Con que sabeis quien es el autor del envío? preguntó Varnier.

— He guardado el sobre en que se encerraba, replicó Trudaine mostrando un papel que sacó de su cartera.

— Y bien?

— En este sobre hay unas señas.

— Y conocéis la letra? dijo Julian.

— Por la razon de que es la tuya, mozo! exclamó el anciano; no puede uno engañarse en las mayúsculas.

Varnier tomó el sobre, se puso á examinarlo, y luego alzó los ojos sobre el jóven que se habia quedado inmóvil en su puesto, rojo de emocio.

— Hijo mio! exclamó abriendo los brazos.

Julian se arrojó en ellos trasportado de gozo; ambos permanecieron largo tiempo abrazados, en tanto que Trudaine enternecido enjugaba de nuevo sus anteojos.

Fanny, que no habia consentido en casarse con el futuro socio de su padre, sino por gratitud, y que amaba á Julian hacia tiempo, dió gracias al Señor por haber hallado una felicidad en lo que no se habia prometido otra cosa sino el